

La pecera de los cuentos

Historia de Pecerín, el pez cuenta-cuentos

Ángel Mejía Asensio



Cuentos sanadores

Autor: Ángel Mejía Asensio

Ilustraciones: Nerea Fernández-Cendejas Fernández
y alumnos de “La Pecera”.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el previo permiso escrito del editor.

© 2007 Ergon

C/ Arboleda, 1. 28221 Majadahonda (Madrid)

Depósito Legal: M-42671-2007

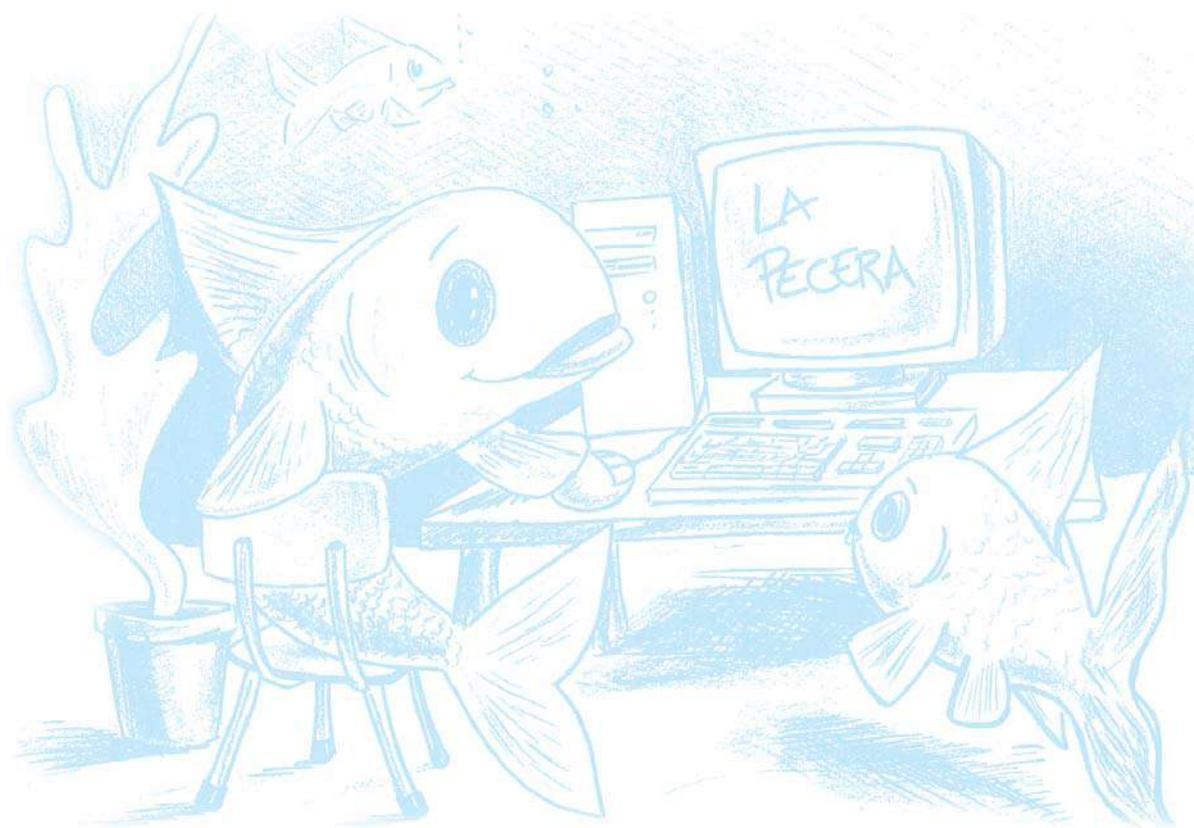


Índice



A manera de prólogo: Doña Jeringuilla	5
A modo de presentación	9
Introducción	11
La presentación de Pecerín	12
Mi amigo Policarpo Goterín	17
Pecerín en el aula	19
Doña Jeringuilla, Doña Aguja y Don Termómetro	21
Pecerín conoce a unos amigos: Don Alcohol y Don Algodón	25
Llaman a Pecerín	29
El equipo de la química serapia	31
Pediatría se viste de Navidad	35
Fiesta de Navidad	36
Navidad en el hospital	38
Pecerín conoce a unas chicas muy delgadas	41
La princesa inapetente	42
La noche mágica de los cuentos	45
Noche de ilusión en el hospital	46
Pecerín visita la sala de yesos	49
La sala de yesos	50
La tortuga Federica	53
Caperucita Roja y el "Sopitas"	61







A manera de prólogo...



Ángel, profesor y responsable de nuestra Aula Hospitalaria de la "Pecera", me ha pedido que prologue un libro de cuentos con lo que nuestra aula se incorpora a los actos Conmemorativos del "25 Aniversario" de la apertura del actual hospital.

Contagiado de su entusiasmo y a pesar de mis escasas dotes literarias para los cuentos he escrito uno que, a modo de prólogo, quiero que figure dentro de todos los que vamos a editar.

Asimismo, en este deseo de celebrar los veinticinco años de vida de este centro hospitalario de Guadalajara y para homenajear a todos los niños que en algún momento de su vida han sido ingresados en un hospital, se han unido otros amigos de los cuentos y de La Pecera —la clase a la que asisten los niños enfermos de nuestro hospital—. Se trata de Fernando Lamata Comanda, actual Vicepresidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y del Dr. Jaime Sánchez Fernández de la Vega quienes nos han escrito dos estupendos cuentos. A los dos les damos las gracias.



Entonces, sin más preámbulo, sirva este cuento de comienzo del libro que, como siempre, supongo será un éxito y tendrá el atractivo suficiente para los niños ingresados y los que participan en las aulas hospitalarias de otros hospitales.

Doña jeringuilla

Eran las 12 de la noche. El hospital estaba en silencio. Pablo se encontraba medio dormido en su habitación del hospital. De repente oyó algo:



— ¡Ay, ay!, ¡pobre de mí!, qué triste estoy, nadie quiere ser mi amiga...

Pablo se levantó corriendo de la cama y miró a Laura, que era la niña que dormía en la cama de al lado.

— ¡Laura, Laura!, ¿has oído eso? —le dijo Pablo.

Pero Laura estaba profundamente dormida y no le contestó. Pablo, al ver que no se despertaba, se levantó y cogiendo su mano la despertó.

Una vez levantada, los dos juntos se fueron a investigar. Parecía que el ruido procedía del despacho del Dr. Jiménez.

— ¿Hay alguien ahí? —preguntó Laura.

Pero nadie contestaba y cuando los dos se iban a marchar, volvieron a oír:

— ¡Ay, ay! ¡No me quiere ningún niño!

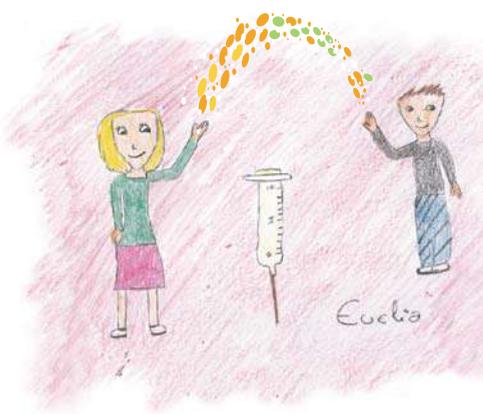
Pablo y Laura miraron a la mesa del Dr. Jiménez y ante su asombro vieron que una jeringuilla estaba llorando.

— ¿Cómo te llamas? ¿Por qué lloras?

— Me llamo Doña Jeringuilla y lloro porque no me quiere nadie, los niños no se dan cuenta que cuando yo les pincho es para que se pongan buenos. Yo intento calmarles, pero ellos solo lloran y gritan tanto que no pueden oírme—

— No te preocupes, dijeron Pablo y Laura, vamos a decírselo a unos amigos para que se lo cuenten a todos los niños del hospital y así cuando te vean siempre te escucharán—

Pablo y Laura fueron a buscar a María y Rodrigo y estos a su vez avisaron a Chemita, Gonzalo, Jaime y Sonsoles, que eran los niños de las habitaciones de al





lado. Todos juntos fueron a ver a Doña Jeringuilla, para demostrarle que siempre serían sus amigos y que nunca más se sentiría tan sola.

A la mañana siguiente cuando Pablo se despertó vio que Laura ya se había levantado. Estaba en la habitación de Rodrigo y María y se encontraban consolando a un niño, llamado Enrique, que gritaba: ¡no quiero que me pinchen, me van a hacer mucho daño!

—No te preocupes —le dijo Pablo, ya verás como casi no te vas a enterar y gracias a lo que la jeringuilla te da, te vas a poner bueno; ven con nosotros, vamos a hablar con la jeringuilla y verás cómo es verdad.

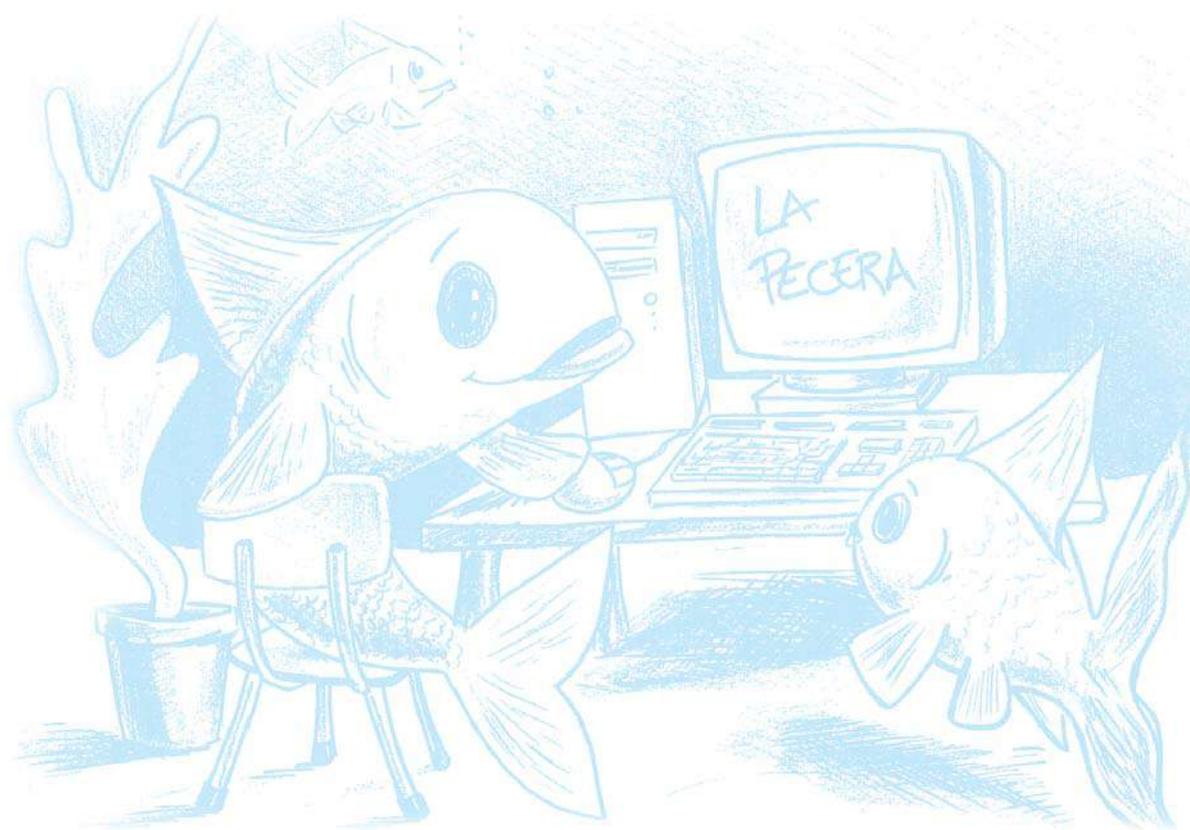
Llegaron al despacho del Dr. Jiménez y allí estaba ella, esperándoles. Cuando le dijeron lo que le pasaba a Enrique empezó a susurrarle al oído. De repente, Enrique se levantó y comenzó a sonreír.

—Gracias, no volveré a tener miedo, me has demostrado que eres una gran amiga.

A partir de entonces en ese hospital ningún niño volvió a llorar, porque todos sabían que las jeringuillas son nuestras amigas y sólo quieren que nos pongamos buenos y seamos siempre felices.

Dr. José María Jiménez Bustos







A modo de presentación...

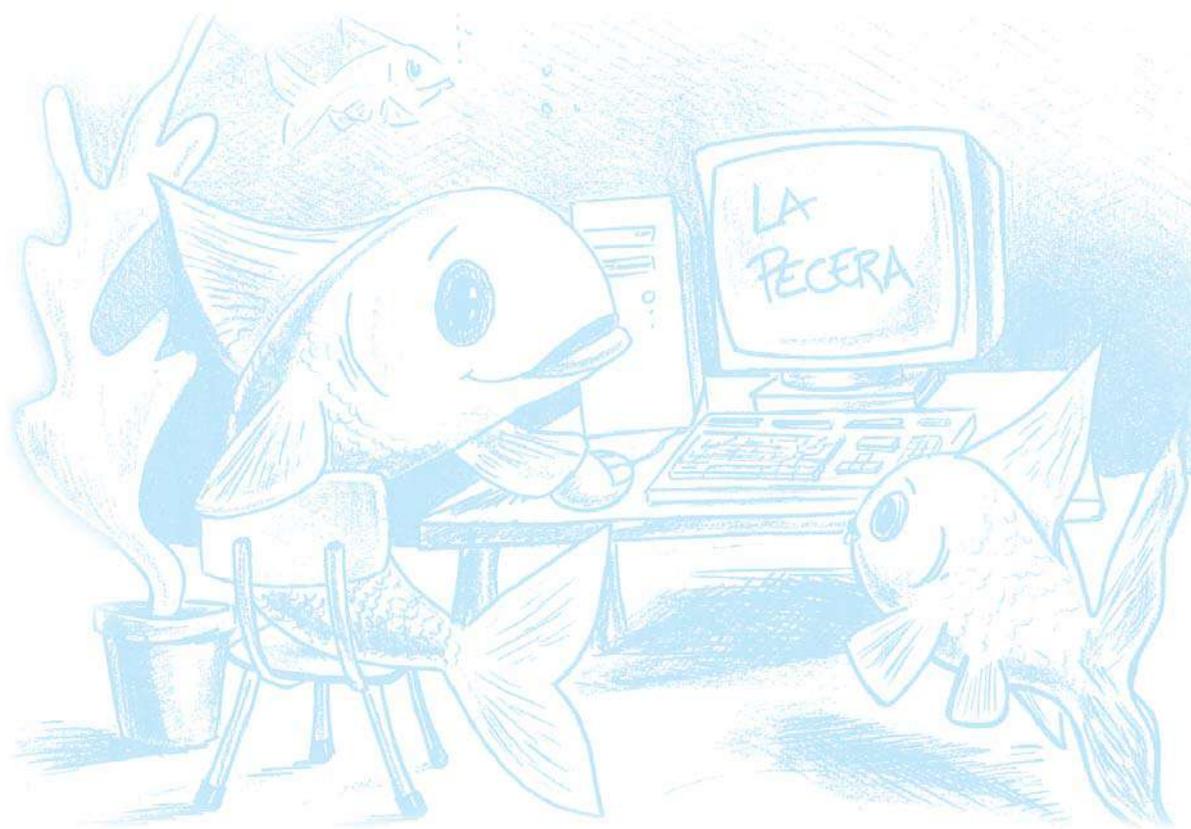


La vida de un niño, en condiciones normales, se mueve dentro de unos ámbitos conocidos: la familia, los amigos, la escuela,... En ellos se encuentra feliz y disfruta de lo que le rodea; recibe cariño, juega, estudia y se desenvuelve con toda normalidad.... Sin duda alguna, en este ambiente es donde el niño va a formar su verdadera personalidad.

Esta situación tan ideal se rompe cuando el niño cae enfermo y se ve obligado a ingresar en un hospital; no importa el tipo de enfermedad que sea, ya que desde ese momento se le abren otras expectativas, otras inquietudes con las que antes no contaba: alejado de sus amigos, de su colegio y con sus padres, junto a él, pero preocupados por el estado de su salud. Es un mundo nuevo en el que se ve inmerso, en el que los médicos, enfermeras y aparatos de todo tipo, son los nuevos compañeros de viaje y con los que tiene que aprender a convivir.

Ante esta situación cada niño reacciona de muy diferente manera. Unos, por ejemplo, los más pequeños, no le dan mayor trascendencia. Otros, los más mayores, se lo toman como si se les viniera el mundo encima. Se muestran preocupados; en ocasiones, ariscos y enfrentados a todo lo que les rodea. En el caso de los padres hay una mayor uniformidad en la reacción ante la enfermedad de su hijo. Casi todos, podríamos decir, que con gran preocupación, pues se enfrentan a algo nuevo, a algo que está perjudicando la salud de su hijo y que no saben cómo va a evolucionar.







Introducción



Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla
bla, bla, bla, ...
bla, bla, bla, ... bla, bla, bla, ...
bla, bla, bla, bla, bla, bla,

bla, bla, bla, ...
bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, ...
y bla, bla, bla, bla...
bla, bla, bla,
bla, bla, bla, ...

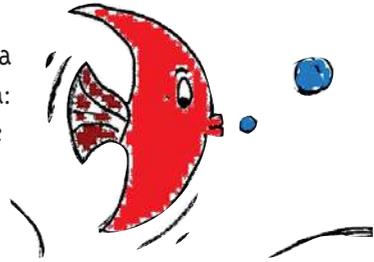
Dr. José María Jiménez Bustos



Y es aquí donde intervenimos nosotros: los cuentos. La idea no es otra que quitar, en la medida de lo posible, ese temor a todo lo que rodea a la enfermedad y, en especial, a aquellos instrumentos, aparatos y utensilios utilizados en los hospitales y que más temor infunden en los niños y... en los padres.

Pretendemos rebajar un poco el grado de ansiedad del niño enfermo, darle un enfoque más lúdico, más divertido, sin olvidarnos de la gravedad que pueda tener tal o cual enfermedad; pero sabiendo que al final el niño se va a recuperar y que va a volver a su vida normal. Del hospital sólo le quedarán buenos recuerdos, los amigos que allí conoció y unos "cuentos sanadores" que le ayudaron a pasarlo un poco mejor.

Pero dejémonos de historias y pasemos a conocer al gran protagonista de nuestra historia: Pecerín, el pez cuenta cuentos. Si uno sólo de sus cuentos hace sonreír a los niños, nos daremos por satisfechos.





La presentación de Pecerín



¡Hola, amigos!

Soy Pecerín, ¿sabéis por qué me llamo así? porque vivo en una pecera, pero no creáis que es una pecera cualquiera. Es una pecera un tanto especial, os contaré.

Mi pecera está situada en la planta de Pediatría del Hospital General Universitario de Guadalajara, en una clase a la que asisten todos los niños que están enfermos y que se llama como mi casa, "La Pecera".

En esta clase los niños aprenden, juegan y se divierten mientras que yo tras los cristales sigo atento sus juegos y trato de entender lo que el maestro les enseña. Durante las horas que pasan conmigo me divierto mucho, aunque no me entienden cuando trato de decirles algo y participar de su alegría. Al marcharse, siempre me dicen adiós, y entonces me quedo muy triste, pues me dejan sólo en mi pecera hasta el día siguiente.

Una noche, sin embargo, mientras dormía, ocurrió un hecho extraordinario y que marcó toda mi vida: el hada de los sueños de los niños enfermos me concedió la posibilidad de hablar en el idioma de los niños y poder respirar como ellos. ¡Menuda sorpresa se llevaron la primera vez que me oyeron! ¡No se lo podían creer! ¡Un pez parlanchín!



"LA PECERA"
© 2010 G.





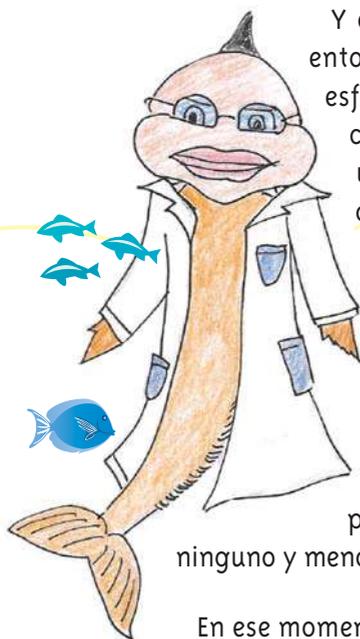
Pasada la sorpresa inicial, reaccionaron con gran alboroto. Fue tal su alegría que me pidieron que hiciera algo especial para ellos.

Ahí el sorprendido fui yo. Tan sorprendido estaba que no supe reaccionar en ese mismo instante. Sólo se me ocurrió decirles:

—¡Dejadme que lo piense y mañana os lo cuento!

Mañana os lo cuento... Mañana os lo cuento... Esta frase se repetía una y otra vez en mi cabecita.

— ¡Claro, ahí está la clave! Les contaré un cuento. ¡Qué idea tan genial! —pensé.



Y de esa manera comprendí que mi vida a partir de entonces iba a dar un giro total; decidí que todos mis esfuerzos los iba a dedicar a hacer felices a los niños contándoles a todos aquellos que se acercasen al aula un cuento. Pero un cuento diferente cada día y en los que los verdaderos protagonistas fueran los propios niños y todas aquellas personas y cosas que les rodean mientras están en el hospital. Así, podría ayudarles a superar su enfermedad y devolverles toda la felicidad que ellos me proporcionaban todas las mañanas con su compañía.

Pero amiguitos, ahí me tropecé con mi primer problema, ¿qué cuento les iba a contar si yo no me sabía ninguno y menos aún los había escrito? ¿A quién se lo dedicaría?

En ese momento de nerviosismo y de dudas el hada de los sueños de los niños enfermos, me dio la inspiración que necesitaba. ¡Mi primer cuento se lo dedicaría a uno de los amigos más inseparables que todo niño tiene cuando llega al hospital: ¡nuestro querido amigo el gotero!, más conocido como "Policarpo Goterín". En realidad, más que de un cuento se trataba de una carta de despedida que escribí a un amigo que se marchaba a casa y que desde entonces dedicaría a todos los niños cuando, ya sanos y recuperados totalmente, se marchaban, también, a sus casas.

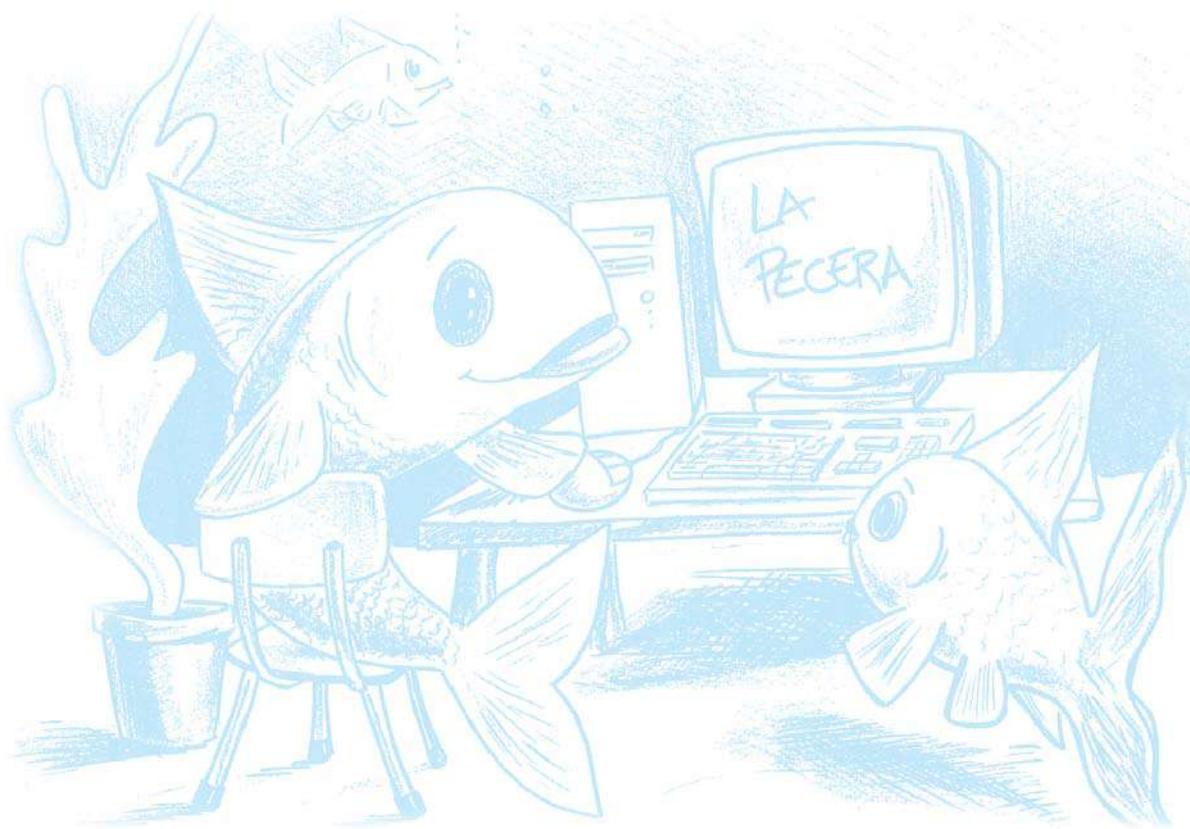




Tanto les gustó esta historia que me imaginé a partir de este momento, apoyado en el borde de la pecera con los niños a mi alrededor, contándoles cuentos relacionados con Don Termómetro, Don Algodón, el "Bicar" y de muchos otros amigos que viven en el hospital casi de forma permanente. Y para ello mi nombre artístico iba a ser el de:

“Pecerín, el Pez Cuenta Cuentos”



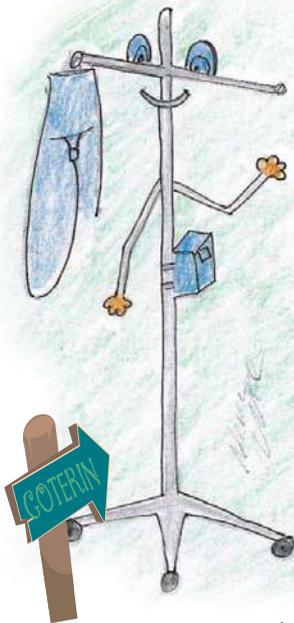




Mi amigo Policarpo Goterín



Mi amigo Policarpo es un tipo alto, esbelto; diríamos que un poco flaco, para lo alto que es. No es guapo, pero tiene dos inmensos ojos blancos, líquidos, casi transparentes que no dejan de llorar al mirarme. Es un encanto. Se mueve con agilidad, aunque algunas veces tropieza con la más insignificante de las baldosas que se encuentra en el pasillo un poco levantada.



Todas las mañanas, desde que me levanto, me acompaña a todas partes: a cepillarme los dientes, al colegio, de paseo..., siempre cogiditos de la mano; unas manos frías, en las que me apoyo siempre y que me ayudan a caminar.

Habla poco, por no decir que no habla nada, aunque a veces me hace unos pitidos extraños, como indicándome que algo va mal y enseguida acude una enfermera a ver qué pasa.

Siempre escucha mis quejas, mis deseos de volver a casa, del momento en el que nos tendremos que separar. Él todo lo escucha con una mirada un poco triste, porque son muchos los amigos que ha conocido y a los que ha visto marchar; aunque yo sé que en el fondo de su corazón se alegra, pues le



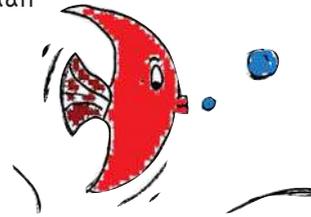
gustan las despedidas alegres; las caras sonrientes de los niños cuando le dicen adiós.

Hoy es un día muy especial para mí. Lo tengo que dejar de forma definitiva. Él no lo sabe todavía, aunque se lo imagina. Son muchos los días que hemos caminado juntos y ha llegado el momento de la despedida.

No sé cómo decírselo, pero no hay más remedio, ya estoy bueno del todo, me he curado y tengo que volver a casa con mi familia; volver a mi colegio, con mis amigos...

Adiós, Policarpo, nunca te olvidaré; que sigas tan atento y aplicado como siempre.

Tu amigo,
Pecetín





Pecerín en el aula



Cierto día en el que Pecerín miraba ensimismado los trabajos tan interesantes que estaban haciendo sus amigos del aula, se vio sobresaltado con la entrada de una enfermera de bata blanca que, sonriente y amable, se dirigió hacia uno de los niños que estaba tranquilamente pintando. En una mano llevaba un termómetro y en la otra una bolsa en cuyo extremo había una aguja de tamaño apreciable.



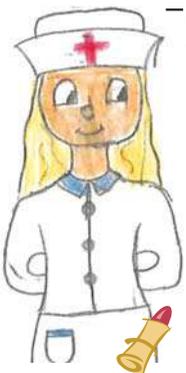
—¡Ramón, súbete la manga del pijama!”—dijo la enfermera mientras le ponía el termómetro debajo del otro brazo.

A continuación le introdujo la aguja, observando Pecerín extrañado que su amigo no emitía ninguna queja.

—¡Qué cosa más curiosa, la aguja no le ha hecho daño a Ramón! Le preguntaré por qué no se ha quejado.

En esas disquisiciones estaba cuando la enfermera observó que Pecerín la miraba fijamente. Casi sin pestañear.

—¿Por qué me mirabas de esa forma, Pecerín? —le preguntó una sonriente Ana (así se llamaba la enfermera), como si hubiese adivinado sus pensamientos...



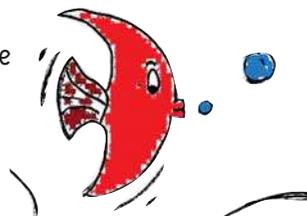
—“¡Bueno, pues, pues... porque he visto cómo le pinchabas en el brazo a Ramón y no se ha quejado!” —respondió un balbuciente Pecetín, todavía un tanto sorprendido— “¿Cuál es el secreto? ¿Me lo puedes contar?...”

La enfermera le prometió que así lo haría pero más tarde, ya que tenía que contarle una historia muy curiosa que le había pasado en otro hospital y que quería contársela con más tranquilidad.

Pecetín, que era muy impaciente, no veía el momento en el que la enfermera volviese para contarle la historia.

—¿De qué tratará? —se preguntaba— ¿Tendrá algo que ver con lo que he dicho?

Pasaron las horas y, al atardecer, cuando la planta de Pediatría se quedó un poco tranquila pudo escuchar, por fin, esta emocionante historia.





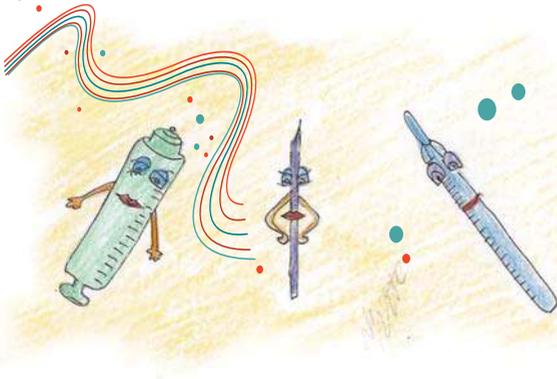
Doña Jeringuilla, Doña Aguja y Don Termómetro



Desde hace mucho tiempo viven en el hospital varios compañeros, que un día fueron amigos inseparables pero que por una serie de razones, todavía hoy desconocidas, regañaron y dejaron de hablarse. Son Doña Jeringuilla y Don Termómetro, os los voy a presentar.

Doña Jeringuilla, una señora muy quisquillosa, es alta y espigada; un poco grandona. Aunque dicen de ella que es buena gente. Va siempre acompañada de Doña Aguja, su "íntima amiga"; ésta es muy seria y extremadamente delgada, se cree la reina del hospital. Dicen las malas lenguas que es anoréxica; pero ella lo niega. Y la creo. Seguro que está tan delgada porque es una "pinchanta" y a nadie cae bien.

Don Termómetro es un tipo curioso. Es serio y aparentemente frío; sin embargo, sólo es en apariencia pues cada vez que se junta con alguien, se vuelve acalorado y entonces, ¡ay, entonces!, entra en todas las disputas y discusiones que te puedas imaginar.



Cierto día, en el que las dos amigas inseparables iban a llevar a cabo un trabajo en común ¡imaginaos qué podría ser! se encontraron de sopetón con Don Termómetro. Tal fue el golpe que se dieron que a punto estuvieron de ir al suelo los tres.

A Doña Jeringuilla casi le da un soponcio; Doña Aguja, repuesta rápidamente del susto, se enfrentó de muy malas maneras a don Termómetro, que no hacía más



que pedir disculpas y perdones por su torpeza e intentaba reanimar a la dolorida Doña Jeringuilla.

Tales fueron las atenciones recibidas, que ésta quedó prendada de la bondad y ternura de Don Termómetro. Desde ese momento se les ve pasear a todas horas juntos por los pasillos de Pediatría; siempre muy agarraditos. Esto ha provocado los celos de Doña Aguja que cada día está más “pinchanta” e incluso ha ideado un minucioso plan para deshacerse de los enamorados.

Mientras tanto, la vida en Pediatría sigue su curso. Don Termómetro se ha convertido en el héroe de los niños; al llegar a la habitación todos se muestran alegres y confiados, le saludan levantando el brazo, momento que éste aprovecha para colocarse a su colorcito. Doña Jeringuilla se muestra orgullosa de este cariño y le espera pacientemente ya que ella, cuando va acompañada con Doña Aguja prefiere mantenerse al margen, para no asustar a los niños.



Esta situación la lleva muy mal Doña Aguja, que sigue rumiando el momento en el que se desembarazará de ellos. La ocasión la encontró cierto día en el que los dos enamorados charlaban tranquilamente, ajenos a lo que se les avecinaba, sobre la repisa de la ventana. Doña Aguja intentó empujarles y arrojarlos por la ventana, pero con tan mala fortuna para ella que tropezó y cayó por la rejilla del aire acondicionado sin que nadie se diera cuenta de nada.

Al echarla en falta, la buscaron por todo el hospital..., sin resultado positivo. Al cabo de unos días suspendieron la búsqueda y todos los médicos, enfermeras y auxiliares, reunidos en una sesión extraordinaria, decidieron que los medicamentos se darían sin utilizar a Doña Aguja. La noticia sentó muy bien en todo el hospital y, en especial, a los niños, quienes desde ese día viven felices y contentos pues nadie les volverá a pinchar.

—Entonces, ¿ya no utilizáis la aguja? —preguntó sorprendido Pecérin.

—Bueno, digamos que ahora utilizamos un truco que nos ayuda a eliminar el dolor. Pero es tarde —dijo sonriendo la enfermera— y tienes que irte a dormir. Otro día te contaré el secreto.



¡Felices sueños!!
— Pecérin





Pecerín conoce a unos amigos: Don Alcohol y Don Algodón



Como ya os he contado en el cuento anterior, en el hospital trabajan juntos varios equipos, algunos de ellos son muy amigos y llevan trabajando juntos muchos años. Este es el caso de la historia que ahora os voy a contar, en la que se nos narran las peripecias que pasaron dos de estos amigos para que les reconocieran su auténtico valor.

La historia me la contó en cierta ocasión un médico de edad avanzada; no me preguntéis su nombre pues los años pasados lo han borrado de mi memoria, aunque la historia la recuerdo como el primer día. En ella se refleja la injusticia que se cometió con ellos, al dejarlos caer en el olvido y negarles su participación a la hora de ayudar en la curación de los niños.

El protagonista se llama Juanón, un niño de 8 años, sobre el que cierto día actuaron sin piedad esos seres misteriosos, más conocidos como microbios. Os la cuento como me la contaron...

Juanón era un niño feliz. Vivía en su pueblo rodeado de todo tipo de animales (conejos, cabras, cerdos, vacas ...), aunque al que más quería era a su perro Dino, con el que escalaba los montes más encrespados y correteaba por las praderas en busca de todo tipo de hierbas con los que luego su abuelo preparaba "mejunjes medicinales" que curaban —según su abuelo— el reuma, dolores de huesos y todo tipo de heridas.

Cierto día en el que se hallaba saltando por una de las montañas más encrespadas y de más afiladas rocas, tuvo la mala fortuna de caerse y arañarse en una pierna. Aquello que parecía un simple rasguño se infectó de unos extraños y menudos microbios que no había forma humana de eliminarlos. Le pusieron la vacuna antitetánica; le





inyectaron antibióticos; le hicieron beber los mejunjes del abuelo... ¡Pero nada!



La herida se había puesto tan fea y tenía una fiebre tan alta, rondaba los 40 grados centígrados, que tuvieron que llevarle al hospital, donde le ingresaron en la planta de Pediatría.

Pasaban los días y los médicos no veían la forma de bajarle la fiebre. La preocupación iba en aumento, pues nada le reducía la infección.

—¡Hay que bajar la infección como sea! —comentaban los médicos.

Pero cómo, respondían las enfermeras, llenas de preocupación: —¡Si ya hemos utilizado todos los medios puestos a nuestro alcance!

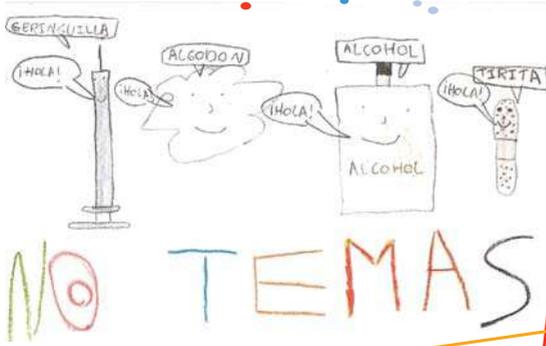
De repente, a uno de los médicos se le ocurrió la feliz idea de recurrir a uno de los “resuelve problemas” más conocidos en estos casos: utilizar a Don Alcohol y a Don Algodón, que eran considerados como muy viejos y los tenían medio de “vacaciones”, casi jubilados (prejubilados, como se dice hoy en día), porque decían que Don Alcohol asustaba a los niños, con sus escozores.

La idea fue muy bien acogida por todo el equipo médico e invitaron rápidamente a los dos viejos ungüentos para que participasen en tan crucial momento.

Don Alcohol y Don Algodón se hicieron de rogar al principio, pues se sentían muy ofendidos por el olvido al que estaban sometidos. Les recriminaban tantas cosas que si las tuviéramos que enumerar no entrarían en estas pocas líneas. Además, Don Algodón era muy cabezón y no se dejaba impresionar fácilmente. Era machacón con sus ideas.

Unos y otros les insistían; les pedían ayuda; les rogaban e imploraban... Ellos ponían cara de no oírles. Al final dijeron:

—Si tanto insistís —a la vez que se guiñaban un ojo, en señal de complicidad— no tendremos más remedio que intervenir.



En realidad todo era una simple apariencia ya que estaban deseando ayudar. Aceptaron de buen grado la invitación pues, no en vano, estaba en grave riesgo la pierna de un niño.

Todo el equipo médico estaba expectante. La llegada de los dos amigos fue todo un acontecimiento. Nada más llegar

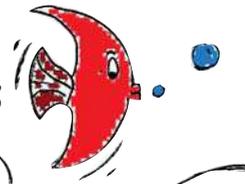
se pusieron en manos de una hábil enfermera que con su sabiduría y buen hacer, fue impregnando la pierna con un poco de Don Alcohol, acompañado del suave tacto de Don Algodón.

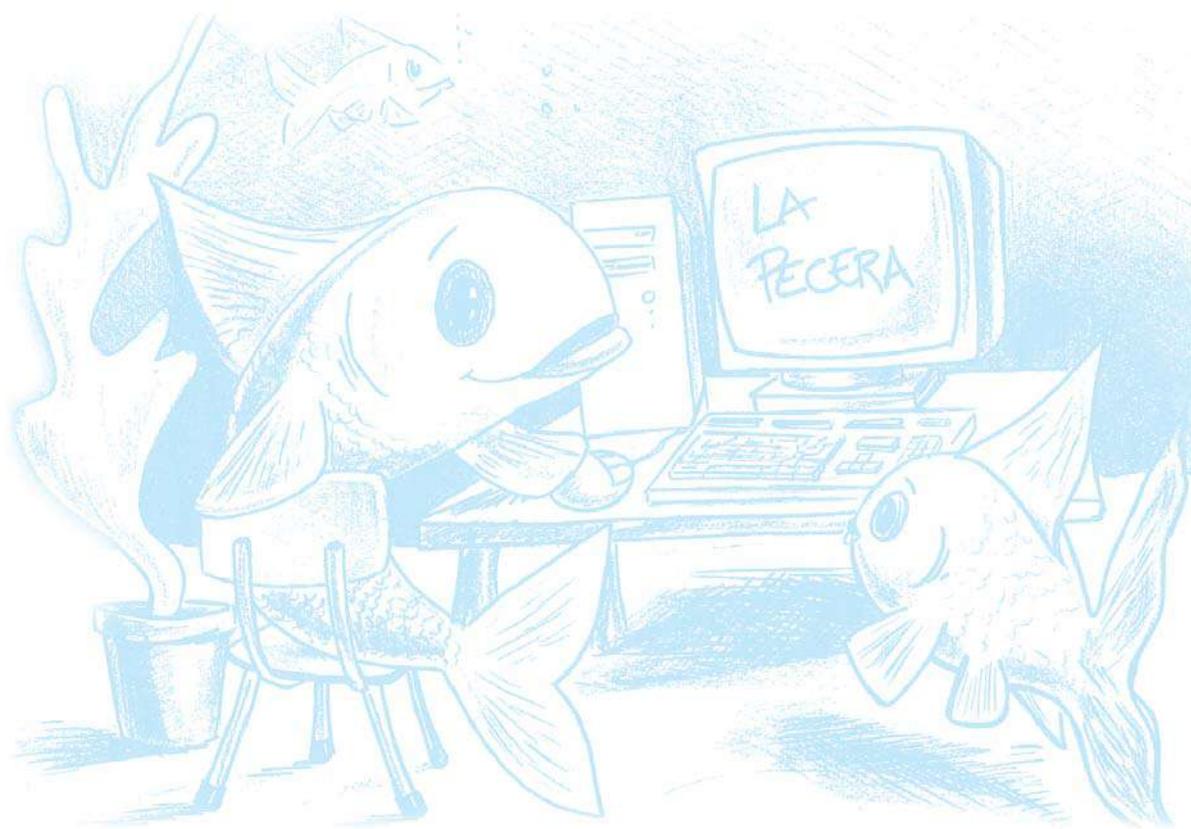
Durante un día y una noche actuaron de forma enérgica sobre los microbios dañinos que se encontraban en la herida de Juanón; las friegas dadas sobre la herida infectada fueron minando poco a poco la fortaleza de los virus, hasta terminar de limpiar las impurezas y el pus que le salían de ella.

El trabajo fue largo y pesado, pero pronto se vieron sus efectos beneficiosos: la fiebre bajó, a la vez que remitía la infección. Después de dos días Juanón volvía a sonreír de nuevo a su madre que no se había separado ni un momento de su lado.

Todos comprendieron entonces la importancia que tanto Don Alcohol como Don Algodón tenían para este tipo de infecciones y, desde entonces, los dos amigos siguen desarrollando su labor en el hospital con toda normalidad, trabajando junto a los antibióticos, vacunas y demás medicinas.

Hasta la próxima, amigos
¡Felices sueños!







Llaman a Pecerín



—¡Pecerín!— gritó Toñín desde su habitación (Toñín llevaba calada una gorra de su equipo preferido hasta las orejas, porque la tenía toda calva y brillante).

—¿Qué quieres, amiguito?— respondió Pecerín, al entrar por la puerta.

—¿No hay más amigos que trabajen juntos? ¡Por favor, cuéntame otra historia!

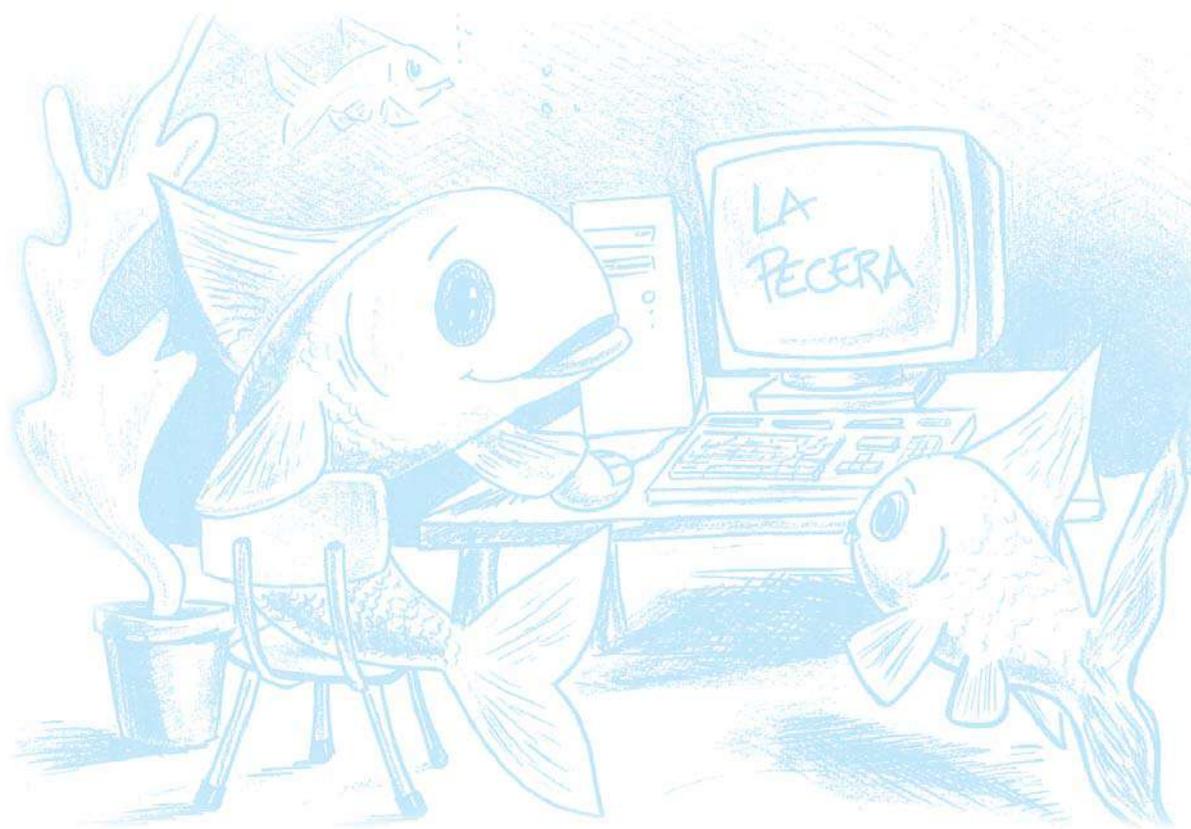
—No sé, no sé. Déjame pensar un poco— dijo Pecerín, poniendo una cara un tanto sospechosa.

—Recuerdo una historia que me contó un médico amigo mío, llamado Chema... pero seguro que ya te la sabes. La historia trata de unos buenos amigos que últimamente están teniendo mucho éxito.

—¡No, no! ¡No me la sé! ¡Cuéntamela, por favor!

—Bueno, te la contaré. Narra las peripecias que pasó otro amigo mío, Mikel, que durante unos meses peleó contra la enfermedad y finalmente la venció.







El equipo de la quimio serapia



Mikel es un niño, como tantos otros, inquieto, parlanchín y un tanto travieso, al que le gusta mucho gastar bromas. Pero un día cayó enfermo y tuvo que ser ingresado en el hospital. Allí se aburría mucho y por eso quiso seguir con su vida normal dentro del hospital; aprovechaba el menor descuido para irse a otras plantas a charlar con otros enfermos y hacer alguna que otra "picia".

Pero poco a poco su enfermedad le obligó a estar más controlado y sujeto a unas normas un poco más estrictas que le impedían vagar libremente por el hospital. Ahí fue donde conoció a unos amigos un tanto peculiares, ¡ya lo creo!, pero que le ayudaron a superar su enfermedad. Los amigos en cuestión presentaban unas extrañas "pintas", lo que en un principio dejó un poco descolocado a Mikel. Ante tal extrañeza no tuvieron más remedio que presentarse y contarle su historia. Una historia llena de aventuras que les ha llevado a convertirse en amigos inseparables.



El primero en presentarse fue el "Ciclos", más conocido como Ciclofos-famida; es un personaje muy rápido y, a veces, da buenos problemas a Policarpo Goterín, que se ve obligado a llamar a las enfermeras para que corrijan su excesivo afán de protagonismo. A pesar de todo, es un buen elemento.



El Glucosalino, al que no le gusta el nombre y se lo ha cambiado por "Salino", es el más sosote de todos; aunque parezca lo contrario no tiene ni pizca de "sal".

Por último, el "Adrián", que es el jefecillo del grupo, y que es más conocido en estos círculos como Don Adriamicina. Se siente superior a los demás, pero sólo es en apariencia, pues tiene un gran corazón y está siempre dispuesto a dar hasta la última gota de su aliento.

El caso es que un día se pusieron de acuerdo para hacer algo en común; en un principio no tenían muy claro el qué, aunque sabían que tenía que ser algo muy importante; algo que dejara a todo el mundo boquiabierto y que estuviese relacionado con la eliminación de todo tipo de "bichos".

Eligieron para empezar a uno, que según ellos, era el peor de todos, el más feroz y dañino de cuantos conocían: ¡la vaca! Todos a una se enfrentaron a tan temible animal; pero aquello acabó en un tremendo desastre, ya que la vaca ni se inmutó, en todo caso le hacía sentir cosquillas detrás de los cuernos, que al ir a rascarse daba unos mamporros tan grandes que los amigos salían despedidos en todas direcciones.

Ante tamaña dificultad decidieron buscar un "bicho" más pequeño y menos conflictivo.

—¡La foca! —dijo el Adrián, que es muy feroz, pero más pequeño.





Todos estuvieron de acuerdo y se fueron hasta el Polo Norte en busca de tan terrorífico animal. Allí encontraron miles de ejemplares y no sabían por dónde empezar; al acercarse a ellas todas se movían sin dejar que éstos se le acercaran. Y en aquellas sobre las que actuaron el remedio fue peor que la enfermedad: les crecía tanto el bigote que se vieron obligados a buscar otros derroteros.

—¡Bueno, buscaremos otro bicho más pequeño!, dijeron los amigos.

—Conozco uno que nos vendrá muy bien —dijo el “Bicar”— Se llama Gallina y dicen que son muy miedosas.

Todos aplaudieron la idea y se pusieron manos a la obra. Pero éstas no estaban muy dispuestas a utilizar sus servicios y les picoteaban cada vez que alguno de ellos se les acercaba lo suficiente.

Nada parecía salirles bien y a punto estuvieron de abandonar en su afán de ayudar a los demás. Cabizbajos y afligidos, iban hacia sus casas cuando de pronto se encontraron con una niña, Ana, que parecía tener problemas con un tal “Linfoma”.

Aquello les puso en guardia, pues nunca habían oído hablar de semejante bicho, pero a quien todos consideraban como uno de los peores enemigos públicos de la sociedad. Estuvieron mucho tiempo pensando en el modo en que ellos podrían ayudar y en el orden en el que lo harían, pues hasta entonces habían actuado todos a la vez y no les había dado buen resultado.

Por fin, después de mucho cavilar, decidieron que el primero en hacerlo fuera el “Adrián”, que lo haría con contundencia; después entraría en acción el resto: el “Ciclos”, el “Bicar” y los demás.

El plan era eliminar totalmente de Ana ese ser tan pequeño, pero tan dañino. Nadie debía despistarse lo más mínimo y la actuación tenía que ser conjunta.

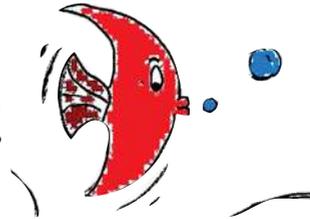
La estrategia les dio resultado y fue todo un éxito; el tal “Linfoma” comenzó a flaquear, hasta el punto de que a los pocos días, apenas si se atrevía a acercarse a nuestra amiga Ana. Pero ni tan siquiera eso les valía; ante el menor síntoma de recuperación, volvían a actuar hasta que de forma definitiva vencieron y nunca más se supo de él.



Por fin, nuestros amigos habían encontrado el motivo de su existencia y de su amistad: luchar y eliminar el “Linfoma”, convirtiéndose en unos verdaderos expertos en la materia.

Desde entonces este grupo de amigos, que ahora está con Mikel, es conocido en el mundo entero con el rimbombante nombre de “El equipo de la Quimio Serapia” o algo por el estilo.

*¡Hasta la próxima amigos!
Dedicado a mi amigo Mikel*





Pediatría se viste de Navidad



Pecerín nos cuenta que en el hospital se celebran las festividades más importantes del año de una manera muy especial pues, el mayor deseo de todos los que trabajan en él es que los niños ingresados esos días se sientan un poco más felices. Y uno de esos días tan especiales son los días de la Navidad.

Cuando llega la Navidad el hospital se ve diferente; por todas las plantas se ponen Nacimientos, los abetos típicos de las fechas y parece que todos tienen una sonrisa y un trato especial con todos.

En la planta de Pediatría, como no podía ser menos, esos días previos son de preparativos. La tristeza es una palabra prohibida; cada habitación se vuelve un poco mágica y unos a otros se cuentan bonitas historias que les han ocurrido a ellos en alguna Navidad.

Ya sé que no es lo mismo que si estuvieran en casa, pero la verdad es que los niños se lo pasan muy bien cuando oyen los cuentos y ven resbalar por las mejillas de Pecerin unas lágrimas traicioneras... No os he dicho que Pecerin es muy sensible, como os podéis imaginar.



Los cuentos tienen como protagonistas a niños como ellos, que iban a pasar la Navidad como ellos y que al igual que ellos querían volver muy pronto a casa.

Escuchemos atentamente las historias que nos cuenta Pecerin...



Fiesta de Navidad

Miguel es un niño de 8 años, un poco inquieto, pero sin llegar a ser travieso, que lleva unos días sufriendo los efectos de la tos. Los médicos le han dicho que tiene neumonía y por esa razón está ingresado en el hospital.

Al principio se lo tomó un poco mal, pues durante unos días iba a dejar de jugar con sus amigos y creía que en el hospital se iba a aburrir como una ostra. Pero se equivocaba de “pé a pá”.

Nada más llegar un “maestro”, como el de su cole le explicó que allí había un colegio donde conocería a otros niños y con ellos se lo pasaría muy bien. Aunque no se lo creía demasiado —¿cuándo en un colegio, pensaba, se podía divertir uno?...—, se acercó con su madre hasta la puerta y llamó tímidamente, pues le daba un poco de vergüenza.

Al entrar se dio cuenta de que lo que le habían dicho era cierto: era un colegio de verdad, en el que había todo tipo de material educativo: libros, tebeos, puzzles, juegos, ordenadores...

No pudo llegar en mejor momento: se estaba preparando la fiesta de Navidad, que en la planta de Pediatría era todo un acontecimiento y que preparaban con todo cariño los alumnos de 4º curso de Medicina y en el que participaban todos los niños del hospital.

Aquello no se lo esperaba Miguel, que se mostraba un poco indeciso sobre si participar o marcharse con su madre a la habitación. Finalmente, optó por quedarse. Rápidamente se vio inmerso en un festival de risas y color, pues lo primero que hicieron fue pintarle la cara de pirata y ponerle un parche que dijeron perteneció al Capitán Garfio (pero eso no se lo creyó).





Una vez que todos estuvieron pintados formaron una larga fila pirata, que asustaba a todo aquel que osaba ponerse enfrente. ¡Daban verdaderamente miedo... las risas que producían sus sucias caras!

El espectáculo fue estupendo, todos se rieron de lo lindo. Los que más los padres y los médicos. Miguel no se lo podía creer.

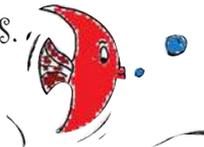
Para sorpresa de todos los niños allí presentes se adelantaron los Reyes Magos, que llegaron cargados de juguetes y turrónes que repartieron entre todos.

La fiesta duró hasta la hora de comer, pero todos deseaban que aquello nunca terminase. Poco a poco unos y otros se fueron retirando a sus respectivos camarotes, con sus espadas de pirata y con la sonrisa en los labios por lo bien que se lo habían pasado.

Miguel pensó que a lo mejor le apetecía quedarse más días en el hospital, pues aquello no era tan malo. Pero no. Pocos días después estaba en casa, totalmente recuperado y jugando con sus amigos.

Prometió que nunca olvidaría ese año, en el que unos días antes de la Navidad, se lo pasó fenomenalmente en la Fiesta Pirata, con unos grandullones estudiantes de Medicina, que eran los mayores piratas que nunca antes había visto.

Muchas gracias, amigos.
Feliz Navidad.





Navidad en el hospital

Carlitos y Juan son muy buenos amigos. Habían compartido la misma habitación en el hospital durante muchos días y habían congeniado muy bien. Carlitos era un niño muy alegre, extrovertido, siempre estaba dispuesto a jugar y a pasarlo bien. Juan, por el contrario, era más serio, aunque se lo pasaba en grande viendo corretear de acá para allá a Carlitos. Os tengo que decir que Juan tenía una pierna rota y se pasaba todo el día colgado, hasta que le operaran. ¡Y así llevaba casi un mes!

Cierto día en Pediatría todos los niños y mayores estaban algo revueltos; habían oído contar que se estaba preparando una gran fiesta en la planta, donde todos iban a participar: los médicos, las enfermeras, el maestro, los niños...

—¡Claro! —dijo Carlitos — ¡Es la fiesta de Navidad!

Aquello entristeció un poco a Juan, que veía cómo se acercaba una fecha tan bonita y él no podía estar en casa con su familia. ¡Con lo que le gustaba a él pedir el aguinaldo!

—¡Juan, Juan! —gritaba Carlos desde el pasillo, corriendo como siempre— ¡Ya llegan, ya llegan! Vienen los payasos, Papá Noel...

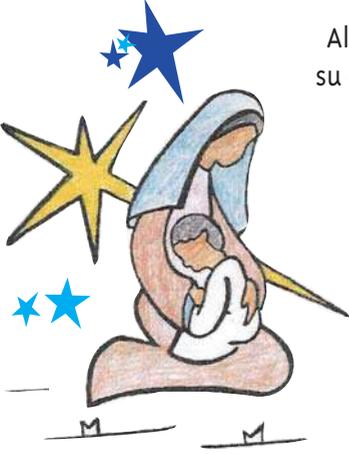
Juan se quería levantar y ver cómo iban vestidos, ir a saludarles; pero que ni por esas. Imposible, no se podía ni mover.

—¡Qué rabia! y encima no lo voy a ver! —decía Juan un tanto triste.



Pero cuál no sería su sorpresa cuando de repente vio entrar en su habitación a varios payasos, todos cantando y tocando la pandereta y, sin decirle nada, se lo llevaron con cama incluida, al lugar donde se celebraba la fiesta. Aquello fue grandioso, se lo pasó "genial" riendo con Carlitos las ocurrencias de los payasos. Lo mejor llegó cuando vio a su cirujano bailando y

saltando con los pediatras, enfermeras, estudiantes de medicina. No se lo podía creer; además de no poderse aguantar la risa de lo bien que se lo estaba pasando.



Al terminar el espectáculo llegó la gran noticia. Se acercó su cirujano y le dijo:

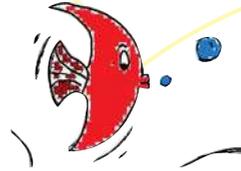
—Prepárate que te voy a operar ahora mismo.

—¡Por fin! —exclamó Juan— ¡Y unos días antes de lo esperado!

Aquello parecía un milagro. Y antes de que se diera cuenta ya estaba de regreso en la habitación oyendo la voz alegre y nerviosa de su amigo Carlos gritándole muy fuerte en el oído:

—¡Nos vamos a casa! ¡Nos vamos! ¡Despierta, Juan, que es Navidad!

¡Feliz Navidad, a todos!, dijo Pecetín, mientras cogía un polvorón y tocaba la pandereta.



Hasta la próxima, amigos





Pecerín conoce a unas chicas muy delgadas



Un día en el que Pecerín visitaba a unos amigos de Pediatría observó que había unas chicas, que estaban extremadamente delgadas. Él se extrañó mucho de esta circunstancia y, llevado por su curiosidad, se acercó a una de ellas y le preguntó porqué estaban tan delgadas. Carmen, que así se llamaba, contestó que nada de eso que ella estaba muy gorda.

Pecerín, no comprendió muy bien aquello, pues él las veía delgadas y no gordas.

—¡Aquí pasa algo raro! —pensó— Sin duda deben comer poco.

Nuestro pequeño amigo insistió un poco más e incidió en ese aspecto, diciéndoles que si comiesen un poco más, sin duda, estarían mucho más guapas.

Ellas se ofendieron con él y le dijeron todo tipo de barbaridades, pues tenían un genio un poco fuerte.

Pecerín se dio cuenta de que había metido la pata y para compensar su error les dijo que les contaría una historia que, a su vez, se la había contado a él, un viejo amigo, mago de profesión, y que vivió allá por la Edad Media, sobre una bella y delicada princesa alcarreña...





La princesa inapetente

Hace mucho tiempo, en un castillo de la campiña alcarreña, levantado en lo más alto del páramo, vivía una princesita que no quería comer. Pasaba los días pensando en mil y una historias de amor y aventura y escuchando las baladas y romances sobre apuestos caballeros y bellas damas, que un juglar le cantaba bajo su ventana.

Sus padres, los reyes del castillo, estaban muy preocupados porque cada día estaba más y más delgada y apenas si podía seguir sus estudios de Gramática impartidos por don Bernardino, padre franciscano, quien todo lo explicaba en latín.

Ante tal actitud los padres de nuestra princesita buscaron por todos los rincones del mundo a los mejores médicos y magos que fuesen capaces de atajar el grave mal que aquejaba a su preciosa hija. Pero nadie ni nada le hacía mejorar.

Uno de los más afamados médicos que se acercaron hasta el castillo, el mago Tolosé, creyó encontrar el milagroso remedio que curase la desgana de la princesa. Éste no era otro que alejar a la damita de su juglar preferido, llevándola a una de las habitaciones más apartadas de la ventana; allá en lo más profundo del castillo, donde no se oía ni a los grillos cantar.

Todo fue inútil. A medida que pasaban los días la melancolía se adueñaba más y más de su alma, negándose a comer todo tipo de alimentos, excepto manzanas, su fruta preferida. La endeblez de la princesa era cada vez más patente, sin energía suficiente para caminar por los jardines interiores del castillo y lejos de las cálidas canciones de su amado juglar, a quien no veía desde hacía meses.





No hubo médico, ni mago famoso que se preciara de ello que no le hiciera unos brebajes milagrosos —decían ellos— que la curarían y la dejarían como una rosa. Su madre, hasta llamó a un antiguo mago, Abraham, quien había sido desterrado del castillo hacía ya muchos años por sus malas artes; todo con tal de que la felicidad volviera a la cara de la princesa y con ella a las caras de todos los habitantes del castillo.

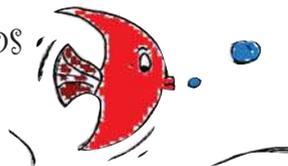
Pero ni las mil y una fórmulas mágicas que probó este mago lograron curar a la princesita. Fue tal el fracaso que se marchó a lo más profundo del bosque donde hoy todavía se le puede ver buscando la hierba milagrosa.

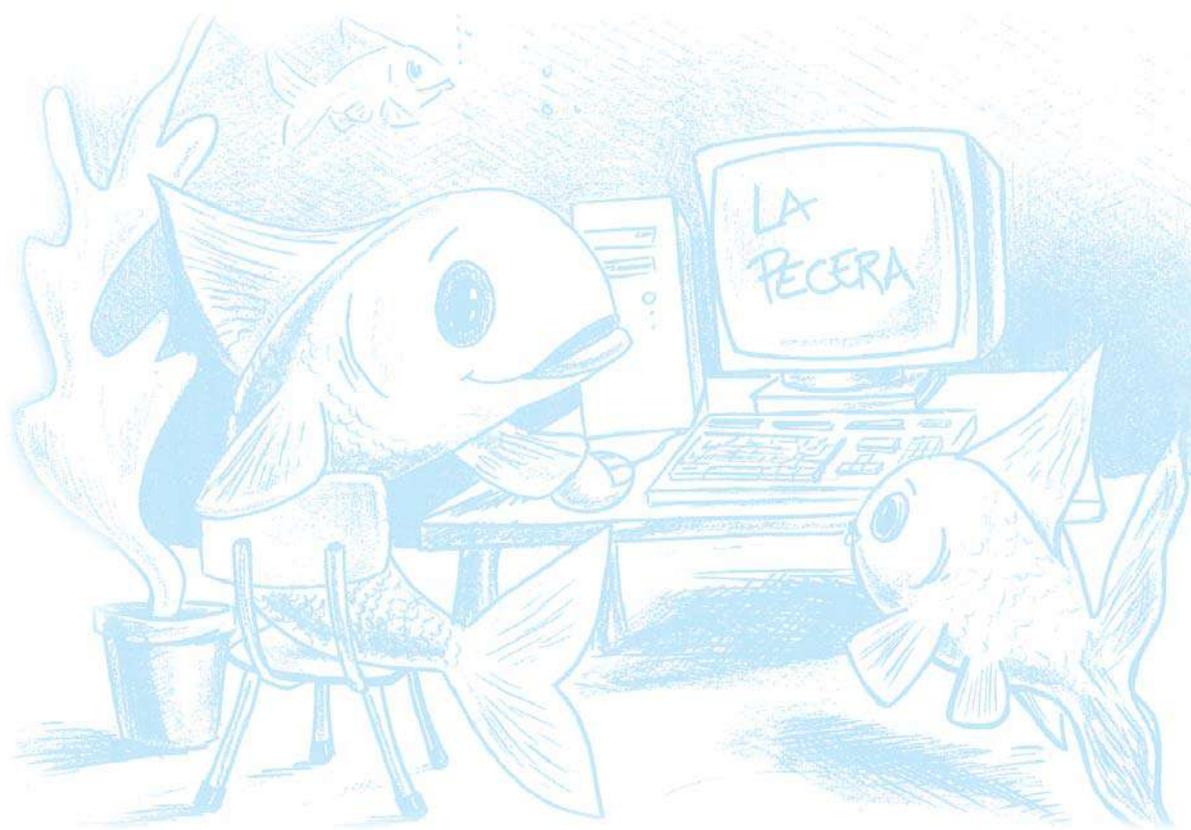
Todo este esfuerzo, en un principio, inútil, cambió de forma radical una mañana de primavera cuando un rayo de sol rozó suavemente sus cabellos y su cara, reflejándolos en el espejo de su habitación. Esta contemplación removió algo en su interior que le hizo pensar que todo iba a cambiar, que no podía seguir todo el día triste y sin comer; que necesitaba corretear por los campos que rodeaban el castillo, libre y feliz entre las flores junto a su perro; que quería cabalgar por el bosque junto a sus amigos en busca de aventuras; que no quería estar tan delgada.

Sin pensarlo dos veces se comió el desayuno que tenía sobre la cama y embargada por una energía renovada se levantó de un salto y comenzó a vestirse, mientras —¡oh, milagro!— comenzó a oír allá a lo lejos, las notas suaves de una canción. Era la voz de su juglar amigo, quien nunca había dejado de cantar sus alegres baladas.

Y desde entonces, amigas —les dijo, Pecarán— la princesa inapetente vivió feliz y contenta en el castillo, llegando a ser con el tiempo una gran reina.

*Hasta la próxima amigos
A mi amiga Carmen*





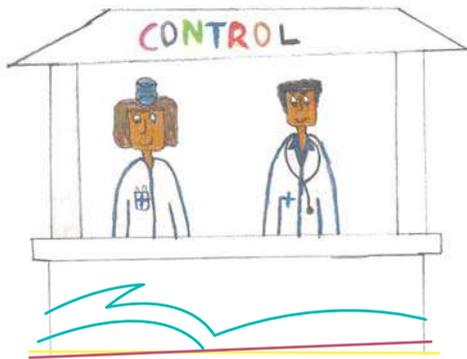


La noche mágica de los cuentos



Dicen los que más saben de esto que el momento más importante del día para contar cuentos es... la noche y estando cerca de una gran hoguera; al amor de la lumbre. Y es durante esas horas en las que todos ponemos nuestro empeño por no dormimos cuando se cuentan las historias más apasionantes que te puedas imaginar, incluso en los hospitales, aunque allí no haya una lumbre que ilumine los rostros asombrados de los niños al oír las apasionantes historias que allí se cuentan.

En los hospitales, aunque no os lo creáis, más que en ninguna otra parte se cuentan todo tipo de aventuras, verdaderas o falsas, eso nunca se sabe, pese a que se cuentan como ciertas, pero todas ellas fantásticas y que a todos nos encanta oír.



En esta ocasión Pecerin nos cuenta una historia que, al menos, la podemos calificar como de sorprendente, donde se narra lo que le pasó a un amigo suyo, Raúl, que estuvo en el hospital un tiempo y donde le ocurrieron cantidad de historias dignas de contar, muchas de ellas por la noche, como ésta que le pasó una noche cualquiera...





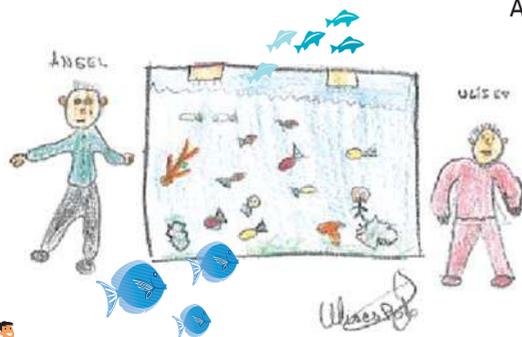
Noche de ilusión en el hospital

Raúl es un niño alegre y parlanchín al que le gusta mucho dormir y jugar con sus amigos. Cierta día comenzó a notar unos síntomas extraños, como un hormigueo por dentro, que no le dejaban dormir. Estuvo sin pegar ojo casi una semana.

En casa, sus padres comenzaron a preocuparse. En el colegio sus profesores le dijeron que se olvidara de los exámenes, de los ejercicios... ¡Vamos, que no se agobiara! Pero que ni por esas. Bueno, os diré que un día se durmió unos segundos en clase de don Rosendo, un maestro ya un poco mayor que le daba clase de religión. Pero aquello fue sólo un instante. Esta falta de sueño preocupó tanto a su madre que lo llevó al médico y éste le aconsejó que ingresara en el hospital para que allí le hiciesen unas pruebas y determinasen las causas de este insomnio. Y es allí donde ocurrió la historia más fantástica nunca antes contada.

Sucedió una de esas noches en las que Raúl por más ovejitas que contaba, no se podía dormir; iba por la ovejita mil doscientas treinta y cuatro cuando, de repente, oyó un extraño ruido en el pasillo. Aprovechando que todos dormían en la habitación, se bajó de la cama, se asomó un poco por la puerta entreabierta y...

¡Maravilla, de las maravillas! Allí vio a unos extraordinarios seres que iban de acá para allá a toda velocidad, entrando y saliendo de una y otra habitación. Eran muy pequeños, casi no se veían; su aspecto era de una total transparencia y, sin embargo, Raúl los veía.



Al principio le dio un poco de miedo y no se atrevía a moverse ni acercarse a ellos. Pero se armó de valor y les habló:

—¡Hola! ¿Quiénes sois?, les dijo.

—Al oír su voz, los pequeños seres desaparecieron sin dejar rastro; todos menos uno, que parecía ser el jefe.

Raúl se acercó a él.

—¿Quiénes sois?— le preguntó.

—Somos los microbios que una vez curados los enfermos, y durante la noche, nos vamos a otro mundo en el que vivimos felices y contentos, vigilando para que nadie caiga enfermo. Contestó.

—Pero antes de desaparecer tenemos que cumplir una tarea: ayudar a curarse a todos los niños ingresados en el hospital, combatiendo a los microbios y virus rebeldes que se resisten a ser reconvertidos. Continuó explicando el jefe de estos seres.

Aquello era increíble. ¡Unos microbios reconvertidos en algo útil y bueno para la sociedad! Entonces a Raúl se le ocurrió una brillante idea.

—¿Os puedo ayudar en esta labor?— le preguntó.

—Por supuesto— le respondió.

En aquel momento, Raúl se había visto rodeado de cientos de seres transparentes, que le hablaban sin parar, pues todos querían que les ayudara a cada uno de ellos. Raúl se puso manos a la obra y participó activamente en tareas como bajar la fiebre a unos niños pequeños de la habitación 305; luego limpió las heridas de otro niño que llevaba en cama varios días.

¡Aquello era maravilloso, podía ayudar sin que nadie le viera! Y así pasó toda la noche con sus nuevos amigos. Al final acabó agotado y dormido.

Cuando despertó vio la cara sonriente de su madre, que se encontraba feliz porque Raúl había dormido varias horas. Éste le contó la aventura vivida durante la noche; no paró de hablar en toda la mañana.

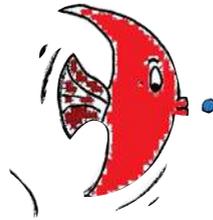
Su madre, mientras, sonreía y callaba. Sabía que había sido sólo un sueño. Un maravilloso sueño que hizo que su hijo durmiese placenteramente toda la noche.



Pero no le dijo nada. Tal vez por la noche volvería a vivir otra extraordinaria aventura y eso significaba que Raúl dormiría de nuevo y que pronto volverían a casa.

Sin embargo, amiguitos, hay quien dice que durante las noches hay algunos niños que dicen haber ayudado a estos pequeños seres transparentes, en su empeño de combatir a los malos microbios.

¿Será verdad? ¿Se lo habrá inventado Pecerín? ¡Quién lo sabe!



¡¡Felices sueños!!

Pecerín



Pecerín visita la sala de yesos



En el hospital, amigos míos, hay cantidad de lugares que llevan curiosos nombres y si uno no está muy pendiente se puede equivocar y creer que es otra cosa muy distinta.

Eso le pasó un día a Pecerin que recorriendo el hospital con su profesor se encontró con un lugar que le chocó mucho; la sala de yesos. En un principio no comprendía muy bien a qué se referían estas palabras, pues lo que él sabía de los yesos era que se utilizaban para construir las paredes.

Estaba distraído con estos pensamientos cuando alguien le comentó al grupo que había habido un accidente y que traían a un niño a que le curasen el brazo, que le iban a poner una escayola. Fue entonces cuando Pecerin comprendió aquello. Se trataba de escayola, que es como el yeso...

Entonces pensó que tenía que hablar con la familia de ese niño, cuando le curasen y que le contasen lo que había pasado. Y así fue cómo conoció la historia de Santiago.

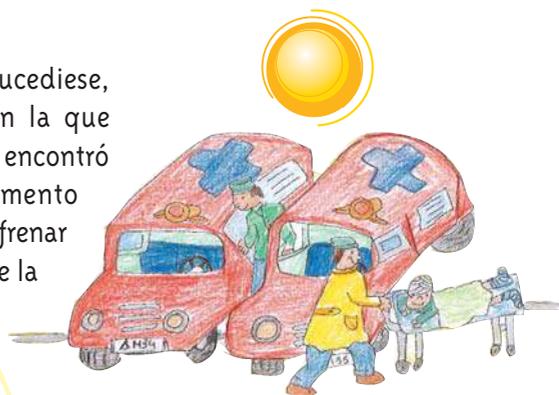




La sala de yesos

Santiago es un niño de unos 10 años, un poco alto para la edad que tiene y fuerte. Sin duda alguna que es un niño muy bien alimentado. A Santiago le gusta mucho montar en “bici” y correr a toda velocidad por las calles de su pueblo sin poner ningún cuidado en ello. Su imprudencia era temeraria, a la vez que conocida y padecida por todos sus convecinos. Cada vez que lo veían llegar a toda velocidad corrían a esconderse a sus casas, ante el temor de que un día los atropellase. Nadie estaba seguro: al volver una esquina o al cruzar una calle, te podías encontrar a Santiago con su flamante bicicleta de montaña de 18 velocidades.

Y lo que todos temían que un día sucediese, sucedió. Una mañana de octubre en la que Santiago iba embalado a la escuela, se encontró con un enorme perro que en ese momento estaba cruzando la calle, obligándole a frenar de forma brusca. Tal fue el frenazo, que la bicicleta salió volando por los aires y con ella nuestro amigo, yendo a parar los dos a los rosales de la tía Jacinta, ya por entonces un poco mustios.



Tal fue el batacazo que se dio que todos los vecinos salieron alarmados de sus casas para ver qué era lo que había sucedido. La primera en llegar hasta el accidentado fue la dueña de los rosales, quien se asustó mucho al ver allí tumbado en el suelo a Santiago gimoteando no sé qué de su brazo. Entró rápidamente en la casa y llamó por teléfono a su madre y al médico, quienes acudieron rápidamente al lugar.

El médico era Don Ramón. Llevaba ya más de cuarenta años curando a los vecinos del pueblo. Era una persona bondadosa y un buen profesional. Cuando le dijeron lo que había pasado y quién había sido el implicado, no pudo por menos que esbozar una ligera sonrisa:

—¡Igualito que su padre! ¡Mira que son buenas personas, pero qué brutos!





Cogió su viejo maletín y se acercó al lugar del accidente. Al llegar vio que aquello no era tan grave como parecía; sólo se había roto el brazo, por lo que era necesario acudir hasta el hospital de Guadalajara para escayolarlo. El propio Don Ramón lo llevó hasta el hospital, en compañía de su madre, donde nada más llegar le hicieron varias radiografías y vieron que efectivamente tenía el brazo roto, por lo que era necesario enyesarlo.



Al oír aquello, Santiago puso muy mala cara, pues no le sonaba nada bien lo de “enyesarlo”.

—¿Acaso soy yo una pared?— pensó.

De pronto, cuando más distraído estaba, entró en la habitación un señor con bata blanca (luego supo que era el celador) y se lo llevó hasta la “Sala de yesos”.

—¡Qué barbaridad!— dijo.

Santiago no quería entrar, tenía mucho miedo. Tuvo que salir una enfermera, Pilar, quien muy sonriente y amable le invitó a entrar. Éste se asomó un poco por la puerta entreabierta y vio, con sorpresa, que aquello no era lo que él creía. Despacio, por si las moscas, se fue acercando hasta la camilla que le indicaba la enfermera; se tumbó en ella y entonces ocurrió lo que él tanto temía: le escayolaron el brazo. Pero, aunque parezca mentira, no le dolió nada; al contrario, al poco tiempo podía moverlo y hasta se atrevía a coger las pinturas para colorear los dibujos que le dieron en el “cole” del hospital.

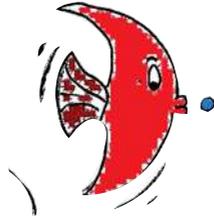
A los pocos días la escayola había desaparecido bajo las firmas de todos sus amigos y con dibujos de todo tipo que le habían hecho las enfermeras. Santiago se sentía importante y a todo el mundo le enseñaba su brazo escayolado. Ya no tenía miedo. Aquello fue un pequeño susto.

Cuando al cabo de los días le quitaron la escayola, algo había cambiado en su comportamiento. Ahora lleva mucho más cuidado con la "bici", respeta las señales y hasta es más educado con todos los vecinos de su pueblo.

Hasta la próxima, amiguitos. Y ya sabéis que si sois imprudentes tendréis consecuencias poco agradables, como el niño de nuestra historia.

Y aquí termina, por ahora, la historia de nuestro amigo Pecerín, que un día sin él pretenderlo se convirtió en Contador de cuentos y...

Colorín, colorado este cuento se ha acabado.



¡¡Felices sueños, amiguitos!!

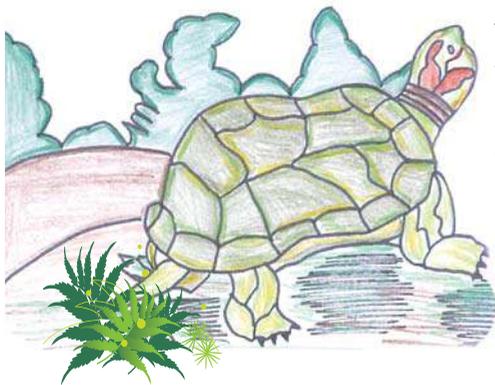
— Pecerín



La tortuga Federica



En la hermosa ciudad de Guadalajara vivía feliz la Tortuga Federica. Como las tortugas llevan su casa auestas ella solo necesitaba un rinconcito en el patio de la casa de su amigo Nacho. El caso es que la tortuga Federica había nacido en Toledo, en casa de Don Antonio, un famoso abogado de esa ciudad, que tenía en su jardín más de cien tortugas. Este señor, de mirada bondadosa, era amigo del padre de Nacho, y cuando Nacho tenía siete años fue a pasar un día a casa de Don Antonio con toda la familia. Al ver a las tortugas se quedó jugando con ellas porque le encantaban los animales. Federica se acercó a él instintivamente y con pequeños movimientos de su cabeza le acariciaba su manita. Federica medía poco más de 20 centímetros y sus ojitos parecían sonreírle a Nacho. Total, que Don Antonio les vio tan amigos, sintió tanta ternura entre los dos, que pensó que Federica viviría muy a gusto en casa de ese niño. Así que le dió permiso para que fuese a vivir a casa de Nacho.



Y allí vivía estupendamente, en un patio bien soleado y tranquilo, adornado con unas jardineras llenas de rosales, y en cuyo extremo vivían también varios árboles pequeños y un gran árbol de tronco robusto. En ese árbol había hecho su nido Petra, la cigüeña blanca, que pasaba allí los veranos, y que emigraba en invierno hacia el sur, a las tierras de África.

Federica también tenía frío en invierno y durante los meses de diciembre y enero, y a veces hasta el final de febrero, se quedaba dormida en su caparazón, sin salir ni para comer. Se quedaba “hibernando” en un rincón del jardín donde nadie la veía, como si hubiera desaparecido.



Cuando despertaba en la primavera tenía mucha hambre y Nacho le daba lechuga y pedacitos de zanahoria chiquititos que ella se comía con mucho gusto. Bebía agua fresca en un cacito, y estaba feliz con su gran amigo.

Después de varios años, ocurrió algo raro. El clima no era como antes. No llegaba el invierno. De repente se formaban tormentas. Había pequeños terremotos, que los humanos casi no podían detectar, pero que sí que sentía Federica, cuando tenía su caparazón pegado a la tierra.

Como no venía el frío, Federica no podía hibernar, y estaba como mareada. Petra, la cigüeña, tampoco tuvo que marcharse porque no sentía frío. Era muy raro todo eso. De repente, en pleno enero, empezaron a brotar las rosas, que siempre se esperaban hasta la primavera.



Al año siguiente pasó lo mismo. Y al otro también. En otros países se habían producido grandes tormentas, inundaciones y terremotos terribles. El mar embravecido se levantaba sobre las costas arrasando las casas con el pavoroso "Tsunami". En otras partes del planeta la sequía mataba toda la vegetación. En otros lugares se producían incendios enormes.

El tiempo estaba muy, muy raro. En la tele de la casa, Federica veía el parte meteorológico y escuchaba a los "hombres del tiempo" que anunciaban las lluvias o el sol. Pero ahora casi nunca acertaban. No sabían lo que estaba pasando. Se les veía muy preocupados.

Un día, cuando Nacho había cumplido doce años, se puso muy enfermo. Vino la Doctora Josefina y le puso el termómetro. Tenía fiebre. Sacó de su maletín el fonendoscopio y le auscultó en el pecho y en la espalda. Le hizo varias preguntas, y luego les preguntó a los padres desde cuándo estaba así. Le dijeron que se había encontrado mal hacía varias semanas, como si tuviera poca fuerza. Pero pensaban que se le pasaría. Sin embargo, había empeorado. La mirada, siempre alegre, se le estaba apagando. No tenía ganas de jugar, ni de comer, y casi no tenía ganas de hablar.

La doctora ordenó que le hicieran unos análisis y a los pocos días volvió a examinar al niño. Seguía peor.

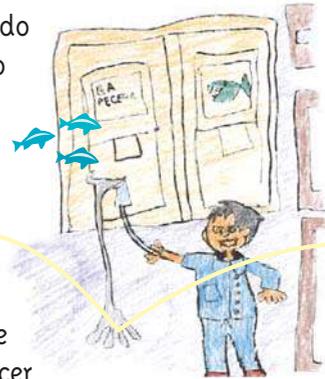


Los padres estaban muy preocupados. La pediatra Josefina era muy estudiosa y llevaba atendiendo a niños más de 20 años. No quería asustar a los padres de Nacho, pero les advirtió que el caso era complicado. Les dijo que estaban viendo a otros niños con los mismos síntomas que Nacho en todas las ciudades del país. La causa no estaba clara, pero parecía tener que ver con el cambio del clima. Los doctores no sabían lo que era.

Federica escuchó que la doctora Josefina decía:

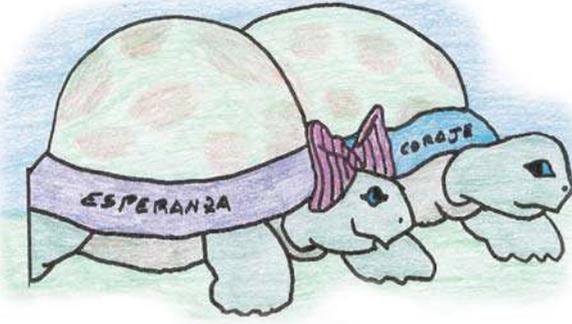
—Es que con este clima tan raro, estamos viendo que algunas enfermedades del invierno vienen en verano, y al revés, y que están apareciendo otras enfermedades nuevas.

La naturaleza es sabia. A lo largo de los siglos ha ido buscando caminos para mantener la vida. Hay equilibrio entre unas especies y otras. El agua que cae de las nubes empapa la tierra y permite cultivar los campos. Luego los ríos la recogen para llevarla hasta el mar y desde ahí se evapora con el calor del sol para volver a formar nubes y así poder volver a llover. El día y la noche, el invierno y el verano, son equilibrios formados a lo largo de miles de años. Pero el hombre puede provocar cambios que rompen este equilibrio. Puede hacer un canal para llevarse el agua de un río hacia otro mar. Puede hacer fuego en el monte y prenderlo, a veces queriendo y otras sin querer. Y estos cambios pueden hacer que el clima cambie.



El clima influye sobre los seres vivos. Fijaos en Federica, tenía que estar hibernando y está despierta, como mareada. Fijaos en las cigüeñas, se tenían que ir en invierno hacia África y están aquí. Mirad las rosas, han brotado en enero y ahora no saben qué hacer... Igual que pasa con los grandes seres vivos, también pasa con los microscópicos, las bacterias y otros seres diminutos que, según cómo actúen pueden producir enfermedades.

Con el cambio de clima y de las costumbres de los animales y de las personas, hay gérmenes microscópicos que pueden alterar su ritmo y su equilibrio. Y pueden aparecer grupas de gérmenes que antes no hacían daño porque no tenían posibilidad



de multiplicarse con facilidad. Pero también los seres humanos pueden sufrir cambios en su funcionamiento interno que todavía no hemos podido calibrar. Cambios en las glándulas que producen hormonas y que regulan el “reloj biológico” del cuerpo, como se regula el invierno y el ve-

rano. Pueden afectar al sistema defensivo del cuerpo, el sistema que llamamos inmunitario... no lo sabemos con certeza.

—Quizá esto le esté pasando a Nacho. Tendremos que seguir investigando. Pero, mientras tanto, tendremos que llevarlo al hospital para poder cuidarlo mejor—.

Federica se puso muy triste al oír a la doctora. Tenía que intentar hacer algo. Así que se fue en busca de la cigüeña Petra y le contó lo que pasaba y lo que decía la doctora:

—Tenemos que hacer algo, Nacho está muy malito. Por favor, llévame a ver a mi abuela en casa de Don Domingo que vive en Toledo. Ella es muy lista y me podrá aconsejar—

Petra era una cigüeña muy elegante, con un plumaje blanco como las sábanas. Escuchó atentamente a Federica, y le contestó:

—Querida amiga, yo también he visto cosas muy raras. Ya ves que no me voy en invierno porque no hay invierno como los de antes. También he visto que grandes aves carroñeras como los buitres, que solo comían restos de animales muertos, ahora atacan a los ganados, porque los humanos se llevan los animales muertos a destruirlos y quemarlos en grandes hornos. Preguntarás porqué se toman esa molestia. Pues según me han contado se debe a que las vacas empezaron a ponerse enfermas, como si estuvieran “locas”, porque los humanos les habían dado para comer piensos fabricados con restos de animales enfermos. ¡Todo un disparate! A veces, parece que los humanos estén perdiendo la cabeza—

A Petra le encantaba salir a volar, de manera que aceptó encantada llevar a su amiga. La tortuga se subió encima de Petra y volaron desde Guadalajara hasta Toledo.



Al pasar por Madrid vieron una especie de manto gris, del color del hollín de las chimeneas, que formaba como un enorme hongo encima de la ciudad. Eran los humos de la contaminación que provocan las calefacciones, los coches y las fábricas.



Desde el cielo se veía bien el gran río Tajo. Parecía cansado, como si estuviera también débil. Tenía una herida hecha en su cuello, un acueducto, que le sacaba tres cuartas partes de su caudal para llevarlo a otros lugares. Al pasar cerca de Madrid, vieron cómo el río Jarama, vertía litros y litros de agua sucia de los desagües de las ciudades en el río Tajo. Cuando llegaba a Toledo, abrazándole como una serpiente, el río Tajo estaba oscuro, lleno de espumas, con mal olor, y con un aspecto que daba pena. Hacía años que los niños no se podían bañar en este gran río. Cuando llegaron a casa de Don Domingo, Federica buscó a su abuela y le contó lo que pasaba.

La abuela le dijo:

—Puede que tenga razón la doctora Josefina. El clima está cambiando. Y cambia porque estamos maltratando el Planeta, que es nuestra casa. Si se rompen los ciclos de la vida, el planeta también se marea, y el clima también. La vida es equilibrio. Es bueno que los humanos progresen y hagan carreteras y fábricas. Pero tienen que ser capaces de reparar lo que estropean. Replantar los bosques, limpiar y reciclar las aguas, evitar la contaminación, disminuir los ruidos. Es preciso respetar los equilibrios de la naturaleza, los ciclos, los tiempos. Si vamos demasiado deprisa nos estrellamos. Los humanos tienen que aprender a cuidar esta casa que es la de todos, o todos moriremos. Pero los niños humanos son más débiles, y por eso enfermarán antes.

—Abuelita — dijo Federica— yo quiero ayudar a Nacho. ¿Qué puedo hacer?

La abuela le dijo —“Hay un sapo, muy viejo, que vive enfrente del embarcadero que hay en el río Tajo a su paso por Toledo, debajo de la ermita. Es el sapo Salomón. Lo que no sepa él no lo sabe nadie. Él te ayudará”—

Federica subió otra vez a la espalda de Petra y se fueron a buscar a Salomón. Cuando llegaron al embarcadero que hay al pie de la Cornisa, preguntaron al Gallo

Perico, que paseaba muy señorial con la cabeza muy tiesa al lado de la casa del Diamantista.

—“¡Claro que sé donde vive!, al otro lado del río. Estos patos tan simpáticos les acompañarán”.

Cuando estuvieron junto a Salomón, le contaron su problema. El anciano sapo Salomón, les dijo:

—Nada hay imposible.

—Pero ¿qué puedo hacer? —preguntó Federica.

“Cada uno tenemos una responsabilidad” —respondió Salomón— “No es sensato esperar a que otros solucionen los problemas. Cada cual debe poner esfuerzo. No existen las grandes soluciones. Debe nacer el compromiso de muchos, uno a uno, para sumar la fuerza necesaria que cambia las cosas. Lo que debes hacer es convencer a los niños. Ellos pueden cambiar el mundo. Cuéntales lo que pasa y dales estos siete consejos:

- No tires desperdicios en el campo, en los ríos, en las playas, en las calles, y recoge los desperdicios que hayas hecho.
- No malgastes el agua, y cuando no la uses cierra el grifo.
- Diles a tus padres que cuando puedan usen transporte público en vez de coche particular. Y que usen más la bicicleta para ir a trabajar.
- No hagas fuego en el monte.
- No dejes las luces encendidas cuando no haya nadie en la habitación y diles a tus padres que utilicen bombillas de bajo consumo.
- Pide en tu colegio que todos los libros se impriman con papel reciclado.
- Diles a tus padres y a tus profesores que piensen contigo medidas concretas que ellos puedan hacer para frenar el cambio del clima. Diles que el planeta es nuestra casa, si lo cuidas, el clima volverá a ser normal”.



La tortuga Federica volvió a Guadalajara y fue al hospital a ver cómo estaba Nacho. No pudo pasar, pero vio llorar a su madre y escuchó a un doctor que le decía

que estaba muy malito, que se estaba muriendo. Petra la subió a la ventana de la habitación donde estaba Nacho y desde allí vio su carita pálida y triste. Federica se puso a llorar y, con su pequeña cabecita, daba golpecitos en el cristal de la ventana.

Pero no se podía perder un minuto. Se fueron al parque y allí organizó con las cigüeñas y otros pájaros amigos de Petra una campaña de información para que todos los niños y padres supieran los consejos del sapo Salomón. Cada pájaro volaría a un pueblo o a una ciudad para contar lo que pasaba a los niños que allí vivían. "Es muy importante que les digáis esto: cada uno tiene su propia responsabilidad. Si cada uno hace lo que le corresponde, cambiaremos el mundo".

Después Federica se fue a su casa y encendió el ordenador de Nacho, como le había visto hacerlo tantas veces. Con sus patitas y su pico fue escribiendo e-mails a todas las direcciones que pudo, a todos los compañeros de Nacho, a todos los amigos de sus hermanos y de sus padres, a todos los "blocs" que aparecían en los directorios, a las direcciones de correo electrónico de las radios y de las televisiones de todo el mundo. Fueron varios días sin parar de trabajar. No sabía la hora ni el día en que estaba. Al final quedó agotada y dormida en un rincón del jardín.

La campaña estaba funcionando. Miles de niños en todo el planeta estaban recibiendo el mensaje. Nacho se moría. Y había otros niños en muchos países que también se estaban poniendo enfermos. Los niños empezaron a llevar a la práctica los consejos de Salomón. Y los padres y los profesores de los niños también. Y muchos periodistas difundieron estos consejos, y poco a poco se sumaron los alcaldes de muchos pueblos y muchos gobernantes en todo el mundo.

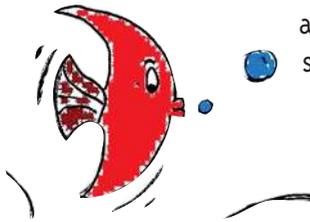
Los empezaron a aplicar y, paso a paso, el clima fue volviendo a la normalidad.

Al cabo de unos meses el invierno volvió a ser invierno, y el verano volvió a ser verano. El mar volvió estar tranquilo. Las rosas nacían en primavera.



Nacho se fue recuperando de su extraña enfermedad. Y cuando llegó el invierno, la tortuga Federica se metió en su caparazón y pudo volver a hibernar tranquilamente.

Mucho después, cuando Nacho tenía ya dieciocho años fue un día a Toledo con Federica a ver al sapo Salomón. Era casi verano y Petra, que había vuelto de África, les acompañó volando hasta el río Tajo. Salomón se alegró de verles, y juntos se acercaron a un remanso del gran río. Allí, en el agua limpia y cristalina, se dieron un buen baño, mientras los patos chapoteaban y volaban a su alrededor y el gallo Perico cantaba con toda la fuerza de sus pulmones.



Fernando Lamata Cotanda
Toledo-Guadalajara 2007

¡Felices sueños!!
Pecerín



Caperucita Roja y el sopitas



Una vez, en un país muy lejano, hace muchos años, vivía un lobo feroz, que deseaba más que nada comerse a la abuelita de una linda niña, que por su gorrito era conocida como “Caperucita Roja”.

Caperucita Roja aprendió de un mago, que si se comían muchas sopas de nueces, la piel y los huesos ganaban en belleza y se ponían duros como el hierro.

Un día, el famoso Lobo Feroz, intentó comerse a la abuelita cuando estaba sola pero, afortunadamente, se salvó al lograr cerrar la puerta delante de sus narices. Al atardecer, contó a Caperucita su terrible experiencia y ella le pidió que desde aquel día no abriera la puerta a nadie, sin mirar antes por la ventana y comenzó a llevarle todos los días una sopita de nueces, que estaba muy rica y con la que la abuelita empezaba sus cenas.

El lobo, que siempre vigilaba a Caperucita, advirtió un día que no se había levantado, pues estaba con fiebre y anginas. Creyó que había llegado su gran oportunidad y velozmente, se dirigió a casa de la abuelita. Llamo bruscamente a la puerta y la abuelita miró por la ventana y le echó encima un jarro de agua fría. El lobo salió huyendo casi convertido en un témpano de hielo, pues era la época más fría del invierno.



El lobo se acordó que todas las mañanas la lechera llevaba a la abuelita un jarro de leche fresca. Corrió a la casa de ésta y le robó uno de sus pocos trajes con su gorro que le cubría toda la cabeza. Volvió disfrazado y, esta vez, la abuelita confiada, le abrió la puerta.

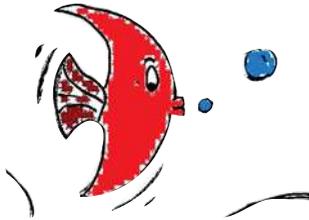


Con cara de lobo hambriento se abalanzó sobre ella, e intentó clavar sus afilados dientes en el muslo de la abuelita que le parecía lo más apetitoso. Su sorpresa fue grande, cuando al morder con fuerza sus dientes chocaron con los huesos endurecidos de la abuelita, gracias a las sopitas de nueces, y saltaron por los aires hechos una auténtica papilla. El intenso dolor le obligó a salir huyendo.

Desde aquel día ya a nadie le parecía un lobo feroz y la abuelita para que no se muriese de hambre, le dejaba todos los días, al lado de su puerta, una sopita de blandos fideos; desde entonces, el que había sido un fiero lobo lo conocía como "El Sopitas" y acabó siendo el mejor guardián de la abuelita, impidiendo que nadie la molestara.

Caperucita agradeció al mago su magnífica fórmula.

Jaime Sánchez Fernández de la Vega



¡¡Felices sueños!!

Pecerín

